



Universidad Nacional Autónoma de México

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

COLEGIO DE LETRAS HISPANICAS

EL COSTUMBRISMO EN LOS PARIENTES RICOS DE RAFAEL DELGADO.

T E S I N A

Que para obtener el título de:

LICENCIADO EN LENGUA Y LITERATURAS
HISPANICAS

OFICINA DE
CONTROL ESCOLAR

MARIA ELENA BECERRA MAGAÑA



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas Tesis Digitales Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS © PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis está protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

EL COSTUMBRISMO EN LOS PARIENTES RICOS
DE RAFAEL DELGADO

INDICE

	Págs.
I.- Introducción -----	1
II.- Aspecto histórico de la época en que vivió Rafael Delgado -----	3
III.- Momento literario. Principales autores -----	14
IV.- Semblanza de Delgado y su na- rrativa -----	30
V.- Análisis de Los parientes ricos ---	43
VI.- Conclusiones -----	65
VII.- Notas -----	67
VIII.- Bibliografía -----	69

INTRODUCCION

Sabido es que a mediados del siglo XIX el Romanticismo todavía conservaba su vigor en Hispanoamérica; en cambio en Europa ya había sido sustituido por el Realismo. En reacción al tono exaltado del Romanticismo, el Realismo se apegaba a la verosimilitud. En vez de buscar temas exóticos, el autor realista examinaba el mundo que lo rodeaba. Se interesaba en los problemas cotidianos de sus vecinos, los que generalmente pertenecían a la clase media.

Los autores veían a sus personajes como la encarnación de ciertos rasgos de carácter: el bondadoso, el tacaño, el ingenuo, el chismoso, el dichoso, entre otros. A tal extremo llegó la predilección por los tipos caricaturescos que se convirtió en base de un género independiente, el artículo de costumbres. Así, el costumbrismo examina la realidad, se pone al estudio de las circunstancias nacionales y ofrece un espejo fiel en que se reflejan nuestras inclinaciones, nuestros placeres y también nuestras virtudes.

El tema predilecto de los realistas hispanoamericanos era la oposición de la bondad campestre a la maldad urbana. De esta forma, Rafael Delgado desarrolla este aspecto en Los parientes ricos al escoger dos familias que guardan parentesco entre sí, pero que son diferentes por el lugar donde han vivido porque cada una de ellas tienen sus costumbres.

Para una, París es la ciudad más interesante, la que ofrece mejor vida pues es la portadora de la elegancia. Los habitantes viven al día, es decir, pendientes de todo lo que sea innovador.

Para la otra, la provincia mexicana es lo más bello porque es el único lugar que puede brindar seguridad y tranquilidad. Se está ajeno a las ideas liberales.

Es así como el novelista se inspira en los temas de la vida humana, pinta los sentimientos colectivos y analiza las costumbres contemporáneas. Tiende a resaltar el aspecto histórico y el costumbrismo, como también, el color local y las expresiones típicas.

- ASPECTO HISTORICO DE LA EPOCA EN
QUE VIVIO RAFAEL DELGADO.

Dentro de la dinámica de la historia de México, la dictadura porfirista fue inevitable y en cierto modo necesaria para el progreso material e intelectual del país. El error consistió en el concepto clasista y de privilegio que la oligarquía dominadora tenía del gobierno y en el hecho de no hacer extensivos a las grandes masas los beneficios del progreso cultural y de la riqueza económica que a su sombra se desarrollaron para beneficio exclusivo de una insignificante minoría.

Al concluir la guerra contra el imperio, el país estaba exhausto de energías y económicamente depauperado. La bancarrota económica era total tras años de luchas y de guerras internacionales.

Por otra parte, la muerte de Juárez rivó al país del único héroe civil, con suficiente prestigio y energía para impedir la reconquista y el entronizamiento en el poder de los intereses económicos que habían apoyado a los franceses y a Maximiliano y combatido a Juárez .

Don Sebastián Lerdo de Tejada que sucedió al "Impasible" fue un presidente débil y muy mediocre,

y a la reacción le fue fácil la reconquista en cuanto encontró a su "hombre". El país en realidad ansiaba paz y don Porfirio se la dio hasta que por sus propios abusos e injusticias fue desplazado el poder por la revolución que encabezó Francisco I. Madero.

Desde su primera gestión presidencial (1876-1880), el principal cuidado de Porfirio Díaz fue consolidarse en el poder. En el orden político procuró dominar al Poder Legislativo que hasta los tiempos de Juárez había sido poderoso opositor del Ejecutivo. Para ello manejó las elecciones de senadores y diputados de manera que sólo tuvieron acceso a las cámaras quienes le eran incondicionales. Se recurrió al fraude electoral por la violencia, la impostura de cajas electorales o la múltiple votación de las mismas personas.

El Congreso decayó completamente y se convirtió en apéndice del Ejecutivo, sin otro fin que dar al régimen una apariencia de legalidad y democracia. La misma política fue ejercida en los Estados:

se impusieron gobernadores adictos al presidente, de manera que la federación desapareció de hecho y se instauró un centralismo presidencial absoluto.

El Poder Judicial se acomodó fácilmente a las circunstancias. Díaz sofocó toda rebelión aun en sus principios. En 1879, como le llegara la noticia de un complot revolucionario que se fraguaba en Veracruz, ordenó al gobernador Terán la aprehensión de los sospechosos y luego su ejecución, lo cual se hizo con nueve de ellos sin formación alguna de causa. A esta política se le llamó "Mátalos en caliente", por el texto de las instrucciones telegráficas que envió el mandatario local. Es muy larga la lista de las personas que fueron sacrificadas a causa de su rebeldía.

Sin embargo, esta despiadada energía impidió la sucesión de revoluciones que con frecuencia estallaban en México por la disputa del poder, y se consolidó una paz muy grata a los habitantes de la nación. Así se explica que a Porfirio Díaz se le llamara "héroe de la paz".

La oposición de la letra impresa fue reprimida mediante la compra o la persecución de los editores de periódico hasta lograr su completo sometimiento. En los estados de la República la persecución contra la prensa libre fue aun más atroz, pues se llegó al asesinato de los directores de periódicos. La consecuencia de esta

política de represión, en lo cívico y en lo editorial, fue la absoluta indiferencia electoral del pueblo mexicano, que acabó por dejar desiertas las urnas, a las cuales sólo asistían por obligación los empleados públicos con la consigna de votar por los candidatos oficiales para las cámaras y por Díaz para la Presidencia.

En el orden religioso, el presidente Díaz optó por una política de completa reconciliación. Sin derogar las Leyes de Reforma tomó el más fácil camino al no observarlas. El pueblo se acostumbró así al desprecio y violación de la ley, aun por las mismas autoridades. Al amparo de este disimulo, la Iglesia volvió a ocupar un sitio determinante en el destino de la nación, pero sin responsabilidad alguna, pues oficialmente estaba separada del Estado.

El ejército había sido otra fuente de inestabilidad, a causa del poder que daba a los generales ambiciosos. Al principio de su gobierno, Porfirio Díaz no licenció a las tropas porque su cesantía las hacía propensas a seguir a los caudillos revolucionarios,

pero las tuvo en constante movimiento por toda la República y las desarraigó de sus localidades nativas, con lo cual impidió las rebeliones locales. A quienes fueron guerrilleros liberales y republicanos los agrupó en cuerpos de policía rural y les encargó la persecución de los bandoleros y la seguridad de los caminos.

Posteriormente, conforme consolidaba su poder, otorgaba de una parte grandes beneficios a los militares de alta graduación, y de la otra, iba reduciendo los efectivos de tropa, de manera que no existiera una fuerza bélica que alguien pudiera encabezar en su contra.

Al asumir la Secretaría de Hacienda, José Ives Limantour redujo en todo lo posible las partidas destinadas al ejército con el fin de hacer ahorros y nivelar el presupuesto.

Llegó la ocasión en que prácticamente los generales no tenían a quién mandar y se les ocupaba en comisiones de estudio en México y en el extranjero. Sólo los muy adictos al presidente manejaban tropas formadas por medio de la leva que arrancaba a los campesinos de sus hogares. Díaz no temía una agresión por parte de los Estados Unidos ya que existían excelentes términos por su política de concesiones al capital norteamericano

y cuyos intereses en México impedirán una nueva intervención europea como la francesa.

Al ejército lo mantuvo ocupado en sofocar aun los más insignificantes brotes rebeldes.

La obra educativa del régimen porfirista fue modesta en relación con el tiempo en que se realizó, pero apreciable en cuanto a sus logros. En 1887 se fundaron escuelas normales de maestros en Jalapa y en México. En 1891 se creó el Consejo Superior de Instrucción Pública, elevado en 1905 al rango de Secretaría. Justo Sierra, su primer titular, reunió las escuelas de especialidades (medicina, leyes, minería y otras) y en 1910 las organizó en una Universidad Nacional, con lo cual restauró la Real y Pontificia, suprimida en 1833 por Valentín Gómez Farías. En 1878 había 4,498 escuelas primarias oficiales y 696 particulares. Treinta años después las del gobierno se habían duplicado y las privadas triplicado. Sin embargo, se carecía de maestros pues era un oficio mal remunerado.

La obra principal del porfirismo fue el impulso económico, basado en el capitalismo liberal. Desde su

primer período presidencial, Díaz fomentó los transportes por ferrocarril. Ante la mezquinidad de los inversionistas mexicanos, recurrió a los extranjeros, a quienes otorgó ventajosas concesiones para construir vías férreas. Los contratos más importantes se firmaron con compañías norteamericanas. Al término del porfiriato (mayo de 1911) había en la República 50 líneas de vía ancha y 49 de vía angosta, con un total de 19,748 kilómetros de jurisdicción federal, aparte de otros 4,840 de líneas estatales y particulares.

La minería (no el petróleo, que apenas empezaba a explotarse en el mundo) era la principal fuente de riqueza de México. Gracias a las vías férreas, las compañías fundidoras norteamericanas se establecieron en México e introdujeron técnicas modernas para el tratamiento de los metales. Contribuyó a acelerar ese fenómeno la energía eléctrica y la mayor producción de cobre.

La producción de maíz siempre fue deficiente; se obtuvieron, en cambio, grandes excedentes de azúcar.

Los peones agrícolas ganaban de 8 a 25 centavos diarios, lo mismo que en 1810, y se les proveía de lo indispensable en las tiendas de raya, mediante un sistema de crédito que los mantenía sujetos al amo hasta el término de las deudas que nunca podían pagar. Esta situación propició las rebeliones agrarias. Los obreros, a su vez, percibían salarios irrisorios a cambio de jornadas de 16 horas, sin disponer de un día de descanso en todo el año. Esto dio motivo a que fructificaran las prédicas socialistas y a que apareciera el sindicalismo en las circunstancias más adversas. En ocasiones desesperadas los trabajadores recurrieron a la huelga, considerada entonces como un delito. En 1903, cuando Porfirio Díaz contaba ya con 73 años de edad, se reformó la Constitución para alargar a seis años el período presidencial.

Con todo y esto, la dictadura dedicó especial atención a los hombres de letras. A casi todos los protegió en una forma o en otra, y si bien los intelectuales de más valía nunca se convirtieron en propagandistas del régimen, tampoco lo combatieron, y con su tácita aprobación lo justificaron ante el mundo.

Payno, el más viejo de todos, fue diputado, senador, cónsul y senador de nuevo ya en su ancianidad; Altamirano murió de cónsul en Europa y Riva Palacio de ministro en España; Francisco A. de Icaza fue también ministro por muchos años y lo mismo Federico Gamboa; a Manuel Gutiérrez Nájera se le premió su talento literario en el Congreso durante un período; a Amado Nervo se le incorporó todavía joven al servicio diplomático en París, primero, y luego en España; Díaz Mirón fue diputado, y según se ha dicho, el dictador lo silenció mediante el soborno; López Portillo y Rojas fue ministro de relaciones exteriores; Justo Sierra fue secretario de educación varios años; Emilio Rabasa fue senador, catedrático, gobernador; Rafael Delgado fue catedrático toda su vida. Y así todos o casi todos los intelectuales, novelistas y poetas gozaron de prestigio.

La paz y la riqueza nacional que a su amparo se desarrolló, concentrada en una limitada oligarquía y de la cual se beneficiaron los hombres de ciencia, los escritores y poetas, permitió un inusitado desarrollo de la alta cultura. Por primera vez en la historia

republicana de México, los hombres de letras gozaron de suficiente holgura económica y de serenidad de espíritu para consagrarse al estudio y a la obra de creación pura. Florecen en esta etapa todos los géneros y alcanzan seriedad y perfección, con excepción de los estudios históricos que contaban ya con cultivadores como Francisco Javier Clavijero en el siglo XVIII y Lucas Alamán y José María Luis Mora en el XIX.

En el campo de la poesía se advierten tres corrientes en esta etapa. Dos de ellas representan la culminación y extinción de una añeja tradición, en tanto que la tercera constituye una renovación-innovación-, fecunda y valiosa. Bajo la influencia de un poeta romántico muerto cuando apenas alcanzaba la primera juventud, Manuel Acuña (1849-1873), se produjo la primera etapa de la era porfiriana y la del grupo de poetas neo-románticos como Manuel M. Flores, Juan de Dios Peza, José Rosa Moreno y Luis G. Ortiz.

Frente a este tardío reverdecer de la sensibilidad romántica y opuesto a él, aparece el grupo de

poetas humanistas y clásicos.

La tercera y más valiosa expresión poética de esta era ya no es una culminación de viejas corrientes, como en los dos casos precitados, sino una renovación total y profunda de los temas y las formas, lo mismo que de la sensibilidad y hasta del léxico. Es el aspecto mexicano de un movimiento continental de gran trascendencia en las letras hispanoamericanas que afectó todas las variantes de la creación literaria: el Modernismo.

-MOMENTO LITERARIO. PRINCIPALES AUTORES.

Coetáneamente con todos los grupos consabidos aparece el de los novelistas. Llegaron a México casi simultáneamente dos conceptos afines de la novela, ambos originados en Francia, pero sólo uno de ellos -el naturalismo- arribó a México directamente.

El otro-el realismo- llegó por caminos de España y ya muy modificado.

El introductor del concepto realista de la novela, como técnica nueva y como filosofía del género, fue Emilio Rabasa, quien publicó su primera novela exactamente treinta años después de que Gustavo Flaubert lo había inaugurado en Francia con Madame Bovary, en 1857. Pero Rabasa no procede de Flaubert, sino de los realistas españoles y lo mismo sus continuadores mexicanos José López Portillo y Rojas y Rafael Delgado. Federico Gamboa, en cambio, procede directamente de Emilio Zolá. Ángel del Campo fue cuentista y pintor de la vida y costumbres mexicanas en sus formas humildes. Es quizás el más genuinamente mexicano por la sensibilidad, por el espíritu y por la fidelidad con que retrata el ambiente de la clase media y pobre en los detalles de la vida cotidiana.

En todos estos escritores hubo características comunes. Lo primero que hay que mencionar es el espíritu colonial que los define. Es ésta una literatura que no se ha cortado del cordón umbilical todavía. Casi todos estos creadores -pero muy especialmente los novelistas- se inician siguiendo las normas de escritores extranjeros, en su mayoría españoles o franceses, y permanecen leales a sus modelos. Escriben para la clase media y alta, cuya moral y filosofía de la vida reflejan; ignoran al indio y lo desdeñan de sus obras, su manera de escribir es refinada y elegante.

Estos escritores no pueden admitir su circunstancia, se sienten deprimidos y tratan de evadirse. Por eso se produce en la novela de esta época un fenómeno de "inhibición". El novelista se encuentra en conflicto con su ambiente y lo resuelve por la fuga que lo libera de la circunstancia que lo degrada.

Admite al indio y aun al mestizo que ha sobresalido en la historia o en el orden de la cultura, un Morelos, un Juárez, un Altamirano, pero el indio y el mestizo humildes, el "pelado" de huarache lo abochornan.

En México, los escritores lograron alcanzar con la novela realista y costumbrista plenas realizaciones al mediar el siglo XIX. Los autores buscaron y encontraron en el campo, el escenario adecuado para sus novelas y un tipo digno de expresión, en parte, de la realidad nacional: el charro, surge en la literatura mexicana casi al mismo tiempo que el gaucho en Argentina. La guerra de independencia, según Jiménez Rueda "viene a transformar al campesino en soldado, al jinete en inapreciable elemento de lucha. Los pronunciamientos, revoluciones, asonadas, lucha contra los norteamericanos primero y franceses después, perfeccionan el tipo de guerrillero, centauro a caballo, que recorría la altiplanicie como exhalación, se internaba a la sierra, atravesaba el bosque, vencía todas las dificultades del terreno y era alternativamente, campesino, revolucionario, soldado al servicio del gobierno, patriota o bandolero.

Un caballo, una reata, un arcabuz o un trabuco, un sable, alguna vez la vihuela, eran sus instrumentos de trabajo o de lucha. Vestía como el campirano andaluz, aunque había modificado su indumentaria de acuerdo con su gusto barroco. El cuero o la gamuza iban adornados

con una abundante cantidad de plata, de la que producían las minas de Guanajuato, San Luis Potosí y Taxco. Era independiente, voluntarioso, se jugaba la vida con facilidad, no se sujetaba a más norma que la que él mismo se daba o la comunidad a la que pertenecía le había dictado". (1).

Cabe señalar que durante el siglo XIX, las naciones hispanoamericanas consiguieron su autonomía política. El poder, con todos sus atractivos y sus incitaciones, estaba por fin a la mano, al alcance de los ciudadanos, del Perú o de la Argentina.

Eran tiempos en que estos pueblos no habían aprendido a dominar determinados impulsos. Surgieron los caudillos y sobrevivieron los motines y las guerras civiles.

La codicia de algunas potencias extranjeras puso en serios predicamentos la seguridad de las incipientes naciones. Al fin y al cabo eran países débiles, esca-
narios de todas las intrigas y desprevenidos para una defensa eficaz de su soberanía.

Se vivía un poco al día, en el sentido de que

las instituciones no eran perdurables. Las constituciones políticas llevaban existencia precaria, la sociedad de la época estaba en pleno proceso de transformación. Pero, a pesar de las luchas constantes había aún una vida tranquila y provinciana, sin dejar de existir el signo de la inquietud y el de la inestabilidad.

Todo esto se mantuvo hasta mediados del siglo, se podría decir que hasta 1860 se termina la época crítica. Sin embargo, no hubo una paz completa durante los lustros que siguieron. La gran sacudida de la Independencia, y la acción de los intereses muy fuertes y no siempre bien intencionados, mantuvieron a Hispano-América en estado de perpetua zozobra por mucho tiempo más.

De esta manera, empezaron a desarrollarse distintos movimientos literarios como el Romanticismo y Realismo. El Romanticismo, germinado en las postrimerías del siglo XVIII, significa en la historia el triunfo del sentimiento, Ortega y Gasset dice:

"Hasta entonces había solido el hombre avergonzarse

de sus emociones, demasiado orgulloso de sus ideas, y las mantenía prisioneras en una cárcel de razón... Más, abiertas las poternas de la prisión donde estaban aherrajados y en esclavitud los sentimientos, saltan éstos sobre la existencia como sobre una presa, derriten con su fuego la vida congelada y, enardecidos, lo incendian todo: la política y la ciencia, las artes y el trato social! (2)

En efecto, el Romanticismo fue una explosión, una caudalosa afusión del sentimiento. En la literatura tiende a destruir los preceptos clásicos. El estricto esquema de Boileau, las constantes invocaciones a una mal interpretada Poética produjeron en los escritores un sentimiento de cautividad, una sensación de ahogo que era preciso romper. Las reglas eran hijas del intelecto, productos de la razón, el sentimiento tenía otras órbitas; no era posible sujetarlo con las tres unidades, con la distinción de los géneros, con las convenciones estilísticas.

Díaz Plaja señala cuatro líneas temáticas del

Romanticismo español que son:

"-el yo del artista

-la valoración de la circunstancia (es decir el escenario o paisaje)

-valoración del pasado

-los ideales románticos: la mujer, la libertad política, el progreso" (3)

En Hispanoamérica, el Romanticismo se manifiesta en novelas que se podrían agrupar de la siguiente manera:

-Novelas históricas, en que habla sobre todo del pasado indígena y de la Conquista. También suele situarse la acción en los tiempos del Virreinato.

-Novelas indianistas, en que se exalta la figura de los nativos de esas tierras.

-Novelas políticas, en que el autor está preocupado por defender la causa de la libertad actual, es decir, de la época en que escribe de su pueblo.

-Novela sentimental, cuyo enunciado indica el asunto.

Claro está que ésta es una mera clasificación esquemática ya que todas las novelas contienen elementos de otras, es decir, una novela histórica es

al mismo tiempo sentimental e indianista.

También es importante la novela de aventuras. El folletón. Este tipo de novela por entregas resumía las temáticas: historia, costumbrismo indianista, política y erótica. Era una literatura de buen éxito, que todas las mañanas o todos los domingos buscaba el público en las páginas del diario o de la revista. El folletón es moneda de baja ley. Su eficacia consiste en dejar trunca una escena interesante para que continúe en la otra entrega, es un suspenso rudimentario y transparente.

En México esa técnica produjo dos obras famosas: Los bandidos de Río Frío, de Payno y Astucia, de Luis G. Inclán. La primera fue publicada de 1889 a 1891, está fuera del foco romántico. Mas propio de este período es El fístol del diablo (1845-1846) de Payno. Sin embargo, Los bandidos de Río Frío conserva todas las líneas del Romanticismo, aunque también tiene tonos de novela realista. La obra de Luis G. Inclán fue publicada en 1865 y está impregnada de aventuras y costumbres.

Así surge en la literatura otra transición: del Romanticismo al Realismo. Resulta difícil hacer el deslinde histórico entre estas corrientes, ya que hay momentos en que la novela romántica se va inclinando hacia el otro polo, y otras, en que las realistas se ven llenas de elementos románticos.

Ahora bien, en la historia de este cambio de Romanticismo al Realismo figura como factor principal la filosofía positivista. Se introdujeron en América las doctrinas de Comte y Spencer; sus ideas eran las de la supremacía de la civilización industrial y del conocimiento científico y práctico sobre la pura civilización de gabinete y el desarrollo agrícola.

El positivismo proponía a la experiencia, a la experimentación, como la única fuente posible de un auténtico conocimiento. Rechazaba toda metafísica, puesto que no podía ser demostrada en el laboratorio ni la más modesta de sus afirmaciones. Colocaba en la cúspide de la jerarquía científica a la Sociología (disciplina puesta en circulación por el propio Comte) y sostenía que ésta tendría que ser una ciencia tan

experimental y exacta como la Física. Todo dependía de la agudeza con que fueran observados los fenómenos sociales.

Así pues, llegó un momento en que los intelectuales de América sintieran como un imperativo de la época, actuar como hombres "positivos". Nada de elucubraciones fantasiosas, nada de escapar de los datos de la experiencia. Mas que escritores de fecunda inventiva había que ser minuciosos auscultadores de la realidad social, porque lo social es lo propio de la literatura, y sobre todo de la novelística.

El primer autor que en México escribió novelas con preocupación artística fue Ignacio Manuel Altamirano. Con él la novela deja de ser ya -por lo menos en la intención- una obra de puro entretenimiento de mentes poco cultivadas y exigentes para convertirse en una obra de arte. Dejó dos novelas y varias narraciones cortas del tipo y extensión de La Navidad en las montañas. Escribió también cuentos y leyendas. La primera de sus novelas en aparecer, y la más extensa, es Clemencia (1869) cuya acción está ubicada en Guadalajara en su mayor

parte y se desenvuelve en la época de la guerra contra los franceses. El Zarco fue escrito veinte años más tarde y permaneció inédita hasta 1901. Aquí Altamirano dramatiza una historia amorosa percibida y retratada románticamente. Pero lo que en la obra interesa no son las relaciones de la protagonista con el bandido que da nombre al libro, sino la descripción de las costumbres de esta pandilla de malhechores que realizaban sus fechorías en el Estado de Morelos, los cuales se apellidaban "los plateados".

José Tomás de Cuellar, mejor conocido en su tiempo por el seudónimo de Facundo cultivó, como todos los demás novelistas, el periodismo, pero no se limitó a un solo género sino que además de periodismo y novela escribió poesías y dramas.

Fue uno de los que mejor conoció la vida de la clase media mexicana entre los años '70 y '90.

Ahora bien, el periodismo sirvió en México no sólo como vehículo de ideas y medio fácil para que los escritores incipientes ensayaran sus aptitudes literarias y para darse a conocer, sino también

como trampolín a través del cual se daba y se da el salto a la conquista de posiciones políticas y cargos burocráticos, o al cultivo de otros géneros más serios como la novela. Como ejemplo está Emilio Rabasa que fue además de periodista, jurisconsulto. Durante toda su vida publicó en volumen una novela dividida en cuatro pequeños tomos que tituló: La bola, La gran ciencia (1877) y al año siguiente El cuarto poder y Moneda falsa, publicados bajo el pseudónimo de "Sancho Polo". En 1891 apareció en los folletines de El Universal una segunda novela titulada La guerra de tres años recogida en libro hasta 1931.

Así pues, con Emilio Rabasa hace su aparición en México el Realismo como una técnica o concepción nueva y distinta de la novela. Pero el influjo de esta escuela no llega a México directamente de Francia y de su creador, Gustavo Flaubert, sino a través de España.

La literatura española ha sido considerada desde siempre como marcadamente realista. En esta época el género novelesco prácticamente no existía, las últimas grandes novelas españolas se habían escrito en los Siglos de Oro, una de ellas El Quijote; autores como Tolstoi y Dostoievski reconocían en Cervantes

a un importante antecesor. La novela sentimental dieciochesca, que tuvo importantes representantes en Inglaterra y en Francia no tuvo eco en España. El punto de partida para una nueva época de auge en la novela será el costumbrismo romántico:

las Escenas andaluzas de Estébanez Calderón, Escenas matritenses de Mesonero Romanos y los artículos de costumbres de Larra.

Las novelas de Fernán Caballero también contribuirán al despertar de la novela, pero difieren de las novelas realistas en que buscan dar cuenta de los aspectos típicos del pueblo español, tienen el afán de preservar la tradición popular en todos sus aspectos. En sus novelas nos habla de canciones de cuna, canciones religiosas y de una que otra leyenda que ha recogido de boca del pueblo. El realista busca reflejar la realidad toda y no sólo aquellos aspectos de índole casi folklórica.

El autor que con más claridad vio el problema de la novela española fue Benito Pérez Galdós, quien intenta un análisis que permite esclarecer la crisis

del género y plantea como una de las causas principales el hecho de que los autores utilicen elementos extraños, convencionales, impuestos por la moda y prescindan en cambio de los que la sociedad nacional y coetánea les ofrece con extraordinaria abundancia. Considera que la novela debe ser imagen de la vida y que el arte de componerla estriba en reproducir los grandes caracteres humanos, las pasiones, las debilidades, lo grande y lo pequeño, las almas y las fisonomías.

José Ma. Pereda no deja de ser otro autor importante, contemporáneo de Galdós pero distinto. Su ideal social giró en torno a las antiguas comunidades patriarcales, en las que el dueño y señor de las tierras guarda frente a sus siervos una actitud paternal y condescendiente y les transmite los antiguos valores cristianos, como se ve en Peñas Arriba.

Hay que señalar que en México José López Portillo y Rojas fue continuador de la técnica realista. Como escritor cultivó casi todos los géneros: el periodismo, la poesía, el teatro, el relato de viajes, la historia, la crítica literaria, el cuento y la novela.

Para él, la literatura debe ser nacional en todo lo posible, concordante con la índole de nuestra raza, con la naturaleza que nos rodea y con los ideales y tendencias que de esos factores originan. El hombre debe fijarse en sus cosas, y hacer sentir con mayor energía en sus creaciones la influencia de su propio temperamento. Según López Portillo: "los mexicanos son excelentes imitadores, pero han sido inventores porbrísimos y en las letras, salvo honrosas excepciones, no son más que una triste parodia de las europeas y trasatlánticas. Ya es tiempo de que los escritores de aquende el Atlántico sean sinceros y conviertan sus obras en espejo fiel de pasiones y ensueños verdaderos, sin desdeñar el medio en que vivimos; ya que poseemos mil cosas dignas de ser observadas y de servirnos de numen para cantar amores, angustias y júbilos con acento, palpitante de vida y de verdad.

Nuestra vida nacional está aún tan poco explorada por el arte, como nuestra naturaleza por la industria; todo es virgen entre nosotros, las selvas y las costumbres, la tierra material que nos rodea. Nuestras costas ubérrimas, elevadas serranías, inmensas llanuras, ricas florestas y brillantes celajes esperan todavía

el pincel emocionado que los copie, la pluma elocuente que los describa. Lo mismo puede decirse de nuestra dramática población, compuesta de indígenas melancólicos, tendencias y virtudes que nos son peculiares necesitan artistas inspirados que los retraten y los sepan explotar para sus creaciones" (4)

Las novelas de Federico Gamboa son de un amasijo de teorías e impulsos contradictorios. Por una parte, aspiraba a ser impersonal; quería experimentar con la psicología y las costumbres de los bajos fondos sociales, pero su catolicismo muy arraigado y hondo se lo impedía.

Hay en Gamboa como en otros autores mexicanos, la tendencia a moralizar.

Aparece también, Ángel del Campo que fue un hombre de grandes prendas morales y muy desdichado. Ocupó, además de sus funciones docentes, un cargo de poca importancia en la Secretaría de Hacienda.

-SEMBLANZA DE DELGADO Y SU NARRATIVA.

A la misma generación pertenece Rafael Delgado. Hijo del Sr. Don Pedro Pablo Delgado y de la Sra. Doña María de Jesús Sáinz Herosa, ambos de muy distinguidas y opulentas familias de la ciudad de Córdoba, Ver; nació el día 20 de agosto de 1853, en la misma ciudad que anteriormente mencioné. Su abuelo paterno procedía de San Andrés Chalchicomula, Puebla, y el materno era oriundo de Ramales en las montañas de Santander, España. El primero ocupó en Córdoba puestos prominentes. Establecido allí desde muy joven, desempeñaba el cargo de Alcalde de esa entonces Villa, cuando Iturbide y O'Donojú se reunieron para tratar asuntos de la Independencia. El Sr. Delgado, con otros individuos del Ayuntamiento cordobés, fue en comisión hasta Orizaba para recibir al Libertador.

El abuelo materno de Delgado fue un español, honrado y laborioso que llegó a tener una gran fortuna. Tuvo muchos hijos, entre los cuales se cuenta al Sr. Dr. Don José María Sáinz Herosa, que hizo una brillante carrera eclesiástica. De él heredó Rafael Delgado una selecta y rica biblioteca.

El padre de Don Rafael fue por muchos años Jefe Político de Córdoba y murió pensionado por el Gobierno de Veracruz, siendo Secretario de la Jefatura Política de Orizaba. Al retirarse de este cargo se dedicó a sus propios negocios en una finca de campo y se estableció con su familia en Orizaba.

Allí mismo, en el Colegio de Nuestra Señora de Guadalupe, hizo Rafael Delgado la instrucción primaria elemental, hasta que en enero de 1865 fue traído a la ciudad de México y colocado en el Colegio de Infantes de la Colegiata de Guadalupe, plantel entonces floreciente, en el cual sólo logró completar su educación primaria, pues en febrero de 1866, en atención a que la capital iba a ser sitiada por las tropas republicanas, fue llamado al seno de su familia.

En mayo de 1868 Delgado entró en el Colegio Nacional de Orizaba donde hizo sus estudios preparatorios hasta convertirse en maestro. Desempeñó durante dieciocho años las cátedras de Geografía, Historia Universal e Historia especial de México, siendo el

introducción del estudio de la Geografía histórica. Soportó con resignación las épocas de verdadera penuria por las cuales pasó el Colegio, sin que la corteza del sueldo ni la irregularidad con que le era pagado lo apartaran del cumplimiento de sus deberes como profesor. Nada fue motivo para separarlo de los estudios literarios a que desde niño se inclinaba con verdadera vocación. Su padre, sin ser dado a las letras, gustaba de la lectura, tenía buenos libros. Había en su hogar la costumbre de leer después de la cena y él era el lector.

Conoció entonces casi toda la literatura mexicana, con especialidad a los autores costumbristas.

A esos estudios unió el de la apología católica persuadido de que el conocimiento profundo de la religión de sus padres le era indispensable.

Sus aficiones literarias llevaron a Delgado a cultivar la literatura dramática, se consagró a ella y estudió el teatro griego, el latino, el francés y el italiano. En 1878 dio al teatro dos obras:

La caja de dulces, drama en tres actos, en prosa, y

Una taza de té, proverbio en un acto, en verso.

Al año siguiente dio al teatro una traducción del proverbio de Octavio Feuillet: El caso de conciencia, y más tarde el monólogo Antes de la boda.

La poesía lírica no fue objeto principal de su predilección, sin embargo, entre los dieciséis y los treinta años publicó muchos versos donde se describía a la naturaleza.

Los que sí figuran en su creación literaria son sus Cuentos, que son en su mayor parte bocetos de novela; pero bocetos primorosos, como aquellos que los pintores no llegan a trasladar a lienzos de grandes proporciones y que, sin embargo, por la maestría con que han sido trazados, por la brillantez de su colorido, por la pureza de sus líneas, por la expresión de sus figuras, se hacen dignos de aparecer en una galería artística. Entre sus principales cuentos resaltan: El Caballerango, La gata, Tororo, Bajo los sauces, Crepúsculo y Mi Semana Santa.

Por lo que respecta a sus novelas mencionaré a la primera de ellas, La Calandria publicada por primera vez en 1889 en la Revista de Letras y Ciencias,

y reimpressa después en 1891. Aquí el autor dramatiza un tema muy trillado y explotado en las literaturas europeas, particularmente en España y Francia: el de la muchacha bella y pobre solicitada por un joven honrado de su misma clase que desea hacerla su esposa, y simultáneamente por un pisaverde de la clase adinerada que sólo aspira a gozar su belleza física para luego abandonarla. La obra está llena de descripciones concernientes a la naturaleza, y a la vez, menciona costumbres locales.

El escritor frente a su geografía se empequeñece, olvidándose en momentos de sus protagonistas para hacer del paisaje el personaje principal:

"Aquella altura es un mirador. En el fondo, la garganta con sus peñas gigantescas, su vereda roja, sus desbordamientos de verdura y sus viejos ocotales; a la izquierda, la aldea: el templo ruinoso, la casa del Ayuntamiento con su largo corredor, las chozas humeantes, los huertos floridos y los cafetales umbrosos; a la derecha, la montaña que parece cortada a pico, alta, altísima, estéril, casi desnuda, con algunos grupos de espinosas bromelias y de magüeyes

montaraces" .(5)

Para el autor, los personajes son simplemente una representación de sentimientos; así por ejemplo, Jurado no es más que la burla de un sistema político en verdadera corrupción que parece eternizarse en el poder, Rosas es el símbolo de la aristocracia a la que critica por su vaciedad, Carmela y Gabriel ejemplifican la pujante clase media, que es la clase heroica, llena de valores loables.

Por medio de ellos, Delgado recrimina a las otras clases; señala en el indio y el soldado el profundo desprecio por su condición servil, y aunque dicho estrato aparece con imprecisión, utiliza connotaciones despectivas como por ejemplo indiguelo.

De Gabriel dice: "Era de los que se dejaba dominar por los actores, y cediendo siempre a los impulsos de su noble corazón se ponía de parte de los buenos y de los débiles; lloraba por la inocencia perseguida o en aflicción, y maldecía, con toda la fuerza de su alma, del señor acaudalado o del seductor fastuoso que llevan el deshonor y la desgracia a los hogares tranquilos del obrero y del pobre ". (6)

Por otro lado, Carmen se pierde por la ambición a la vida holgada y a los placeres de la aristocracia, sin embargo, su orgullo y la vergüenza ante su honor hace que opte por el suicidio.

La clase media representada en este caso por Carmen conserva una razón de ser; se mantiene incorruptible más allá de la seducción. Hay una necesidad de hacer a los personajes héroes; esta herocidad lleva a la novela, en oportunidades, a caer en el melodrama, por ejemplo, en el momento en que Gabriel renuncia al amor de Carmen para mostrarse como héroe y asumir una posición paternalista: "Si algún día te ves pobre, abandonada de todos, en la miseria, llámame, llámame, y yo iré, como hermano fiel y cariñoso, a consolarte, a llorar contigo, y si tienes hijos... ¡yo seré como un padre para ellos".(7)

Delgado menciona también a otras clases sociales: la aristocracia y alta burguesía, se vale de una sutil ironía por medio de la cual ridiculiza a través de la descripción. El personaje Ortiz, por ejemplo, padre de Carmen, justifica la causa del alejamiento para con su hija natural a partir de las estructuras sociales:

culpa a su condición de "hombre respetable" dentro de un determinado status económico, de la imposibilidad de adopción. De esta forma, el autor logra un distanciamiento por medio del cual se revela el conflicto entre el personaje y sus deseos internos.

Por otra parte, la misma sutileza con que juzga a las clases privilegiadas es utilizada como modelo para hacer referencia a la situación política:

"El Radical, valiente y heroico defensor de las instituciones y fiel amigo del bien público, estaba dispuesto de antemano, a sostener la candidatura de que tratábamos; no por medro... sino porque todos creían, sinceramente, que la reelección era tan oportuna como necesaria, y una garantía de paz y de prosperidad para el país".(8)

En cuanto a estilo, las páginas demuestran ser sencillo, ligero y el lenguaje muy adecuado al personaje que describe. Es muy común el uso de refranes: "Dejándose de sus chismes y embustes y aunque de su boca no salieran más que palabras mansas, debo impedirlo. Dime con quién andas y te diré quién eres".(9)

La segunda corresponde a Angelina publicada en 1895; esta novela fue una imitación de María, de Jorge Isaacs. En sus páginas encontramos la fusión de la corriente romántica con la realista. A veces cae en lo trivialmente sentimental y hasta en la retórica romántica.

Angelina es una novela "vivida" pues toda novela es una especie de autobiografía, que puede ir desde lo que sucede en nuestras propias vidas hasta en lo que se pueda adivinar en las vidas ajenas. En ella hay un desfile de recuerdos, como una confesión en que el autor se libera y justifica. Su prosa suele ser suelta y flexible, elegante y fácil, por lo tanto, su estilo es limpio y transparente. Aparece Angelina, la dulce niña destinada al sacrificio, que nunca creyó que la vida le reservara un amor feliz, las tías de Rodolfo tan frágiles y recias, el viejo criado, heroico, respetuoso y familiar, tan afirmativo a la hora de la ayuda y que desaparece a la hora de los agradecimientos; el abogado mezquino, el acusador volteriano de los vicios de la sociedad, el hacendado generoso, las niñas cursis y maldicientes, la joven culta, bondadosa y calumniada, el sacerdote

que muere en el servicio de los feligreses, el galán envidioso, el viejo hipócrita y callado que quiere estar con todo el mundo, y en general, toda la gente de la ciudad y del campo que asiste a las fiestas patrióticas y que madruga en las funciones religiosas.

En esta novela al igual que la anterior, Delgado hace descripciones paisajistas, en Villaverde se desarrolla la acción encaminada por los villaverdinos quienes muestran amar lo suyo: "Pero si observáis con detenimiento a mis paisanos no tardaréis en descubrir que viven pagados y enorgullecidos de sus cosas; que para ellos no hay otras como las suyas, y que no las quieren distintas porque creen, de buena fe, que no las hay mejores".(10)

Procuran vivir ajenos a las influencias europeas, principalmente, las parisinas: "Esta tarde pude admirar la hermosura de las muchachas más lindas de Villaverde. Sencillas, vestiditas modestamente, ajenas a las modas y a los figurines de París".(11)

Pero eso sí, como todo pueblerino, viven al pendiente de los demás sin escapársele detalle alguno: "En Villaverde se murmura de todos y de todo; se a-

verigua qué hacen y en qué se ocupan los demás; se lleva cuenta y razón de los actos de cada vecino; nadie ignora hasta lo más secreto de la vida de los otros".(12)

Además, el autor menciona a menudo pasajes costumbristas, donde aparece como preocupación fundamental el que dirán. En la narración, se encuentra también refranes y exaltaciones de la lengua francesa y latina.

En todas las novelas de Delgado, es notorio la defensa que el mismo autor hace de la religión católica, refleja sus principios y sus creencias: "Pero cuando, como usted, el lector tiene buenos principios, creencias firmes, estudios sólidos, instrucción superior y recto juicio, esas doctrinas de... la magia moderna, contrarias a los dogmas católicos, es decir, a la verdad, y hasta en pugna con el sentido común, a pocas líneas aparecen como son, meras fantasías, delirios nocivos, sueños de enfermo".(13)

Las siguientes novelas fueron Los parientes ricos publicada en 1902 e Historia vulgar en 1904.

Durante los cuatro años que Delgado estuvo en la ciudad de México, de 1894 a 1898, trabajando en una empresa minera, debió haber conocido a los principales personajes capitalinos de Los parientes ricos y el ambiente general de la vida elegante de la metrópoli en aquellos tiempos de principios del esplendor porfirista. La novela se trata de dos familias, una rica y otra de circunstancias precarias, que se reconcilian a la vuelta de los Collantes ricos de París. Originarias de Orizaba las dos familias, a instancias de los ricos se radican en México. Éstos tienen dos hijos: Alfonso, joven melancólico y formal, y Juanito, libertino, tipo parisiense. En la familia pobre hay dos muchachas, Margarita y Elena, gente sencilla de Orizaba, ciega la segunda. Los padres de Alfonso impiden su casamiento con Margarita y Juanito seduce a Elena. Después se va a Europa con una casquivana de Orizaba.

La última producción lírica de Delgado fue la oda A la raza latina, premiada en 1919, en los Juegos Florales de Orizaba. A instancias de su colega López Portillo, que gobernaba Jalisco, Delgado aceptó

el nombramiento de Directo General de Educación de ese Estado, a principios de 1913. A la vez, iba a enseñar literatura en el Liceo de Varones, de Guadalajara.

Pero la tierra veracruzana le atraía, y a mediados del mismo año regresó a Orizaba, como Rector del Colegio Preparatorio, que ya antes había dirigido de 1909 a 1913.

De fines de ese año a principios del siguiente, su salud fue decreciendo. Un enfriamiento sufrido al trasladarse a caballo de Jalapa a Orizaba, en abril de 1914, durante una tormenta, terminó con su vida en mayo del siguiente año.

-ANALISIS DE LOS PARIENTES RICOS.

Desde el punto de vista social y cultural, la consumación de la Independencia no significó un rompimiento con la vida de la Colonia, es decir, las costumbres no cambiaron, como tampoco la composición de la sociedad y el ritmo del país.

Sin embargo, terminó el aislamiento en que la antigua colonia había vivido y comenzaron a entrar a México viajeros, comerciantes, mineros y agricultores procedentes del extranjero quienes propiciaron el cambio de modas, gustos y costumbres, sobre todo, en las ciudades.

En un principio los cambios no se notaron. La mayoría de la gente vivía en el campo y la vida tenía una superficie apacible. Las diversiones más importantes eran las fiestas religiosas y las celebraciones cívicas con sus desfiles, cohetes, discursos, las ocasionales compañías extranjeras de teatro o de circo que recorrían las principales villas del país; las peleas de gallos y las corridas de toros, así como las luchas de fieras salvajes eran los espectáculos más populares.

Pero los pronunciamientos militares, la desunión de

los caudillos aun durante las guerras contra invasores extranjeros, la economía en quiebra, las malas condiciones sanitarias y las cuadrillas de bandoleros que infestaban el país, eran síntomas de verdaderos desajustes sociales.

A mediados del siglo XIX, cuando precisamente nació Rafael Delgado, la sociedad mexicana había cambiado. Sus costumbres, modas, educación y aspiraciones no eran ya las coloniales. Pero aún no había encontrado un nuevo equilibrio: se veía sometida a influencias cada vez más poderosas que llegaba con el capitalismo incipiente y que la iban despojando de los hábitos viejos a cambio del deslumbramiento de una vida "a la moderna".

Durante el gobierno de Porfirio Díaz, como ya se dijo anteriormente, México se favoreció en muchos aspectos: se tendieron más de veinte mil kilómetros de vías férreas que hicieron posible el florecimiento del comercio y la minería, y que al mismo tiempo, facilitaron la circulación de descontento y de las

ideas renovadoras; se fundaron los primeros bancos, comenzó a pagarse con puntualidad la deuda exterior y se organizó la recolección de impuestos.

Las industrias textil, cervecera y del tabaco alcanzaron notable desarrollo en la región donde vivió Delgado. Mas tales industrias y, en general, el auge económico del país, favorecieron a muy pocas personas. El terreno fue propicio para algunos mexicanos y extranjeros que contaban con capital y que obtuvieron las concesiones para explotar los recursos naturales. Una agricultura cimentada en el monocultivo progresó en Morelos y Yucatán: caña, algodón y henequén, aunque la producción de alimentos básicos, como el frijol y el maíz, era insuficiente.

La influencia de las ciudades en la vida rural comenzó a ser mayor. Se introdujeron modas e inventos, el gramófono, la electricidad, el cinematógrafo, entre otros muchos. Además de los ferrocarriles se instalaron otros medios de comunicación como el telégrafo que fue el más importante, y el teléfono. Por primera vez, regiones aisladas por la topografía del país pudieron seguir estudios superiores, así que por todo

esto en el país comenzó a formarse una clase media de profesionales y burócratas que, como Delgado, participaron en la vida pública y dieron mayor animación a los negocios particulares.

Al mismo tiempo, para la mayoría de los mexicanos, las condiciones de vida iban haciéndose cada día más difíciles. A los campesinos sin tierras, que era el mayor número, no les quedaba más remedio que trabajar como peones. Los obreros estaban en malas condiciones, pero todavía no estaban bien organizados y no tenían forma de protestar; cuando intentaron declararse en huelga fueron sometidos por el ejército de manera brutal.

A partir de esa clase media que era cada vez más importante para México, Delgado retrató en sus novelas los problemas cotidianos de dicha sociedad que se debatía entre el apego a las tradiciones, por un lado, y por el otro, el de las novelas francesas. En Los parientes ricos, por ejemplo, la familia Collantes se muestra apegada a conservar sus costumbres tanto en su interior, es decir, en su

manera de pensar, de cumplir con las normas religiosas, como en su exterior, forma de vestirse, de arreglar su casa, de hablar, y en general su comportamiento:

"-Sí, Dolores; lujo es éste, y lujo del bueno, del antiguo y serio; de aquél de nuestros abuelos que no se pagaban de oropeles y trampantojos. ¡Ya de esto no hay! ¡Ya es raro ver una mancerina!

-Las mancerinas esas eran de los abuelos, o de los bisabuelos de Ramón, ¡qué sé yo! Han pasado de padres a hijos...y créame usted, señor doctor, créame usted, las conservamos como un tesoro". (14)

El Romanticismo había puesto de moda el género de costumbres. Se buscaba el "color local", el cuadro pintoresco, alegre, sombrío, interesante a los ojos del buen gustador de las cosas amenas. Habían llegado también-los románticos- al boceto de costumbres privado de sentimentalismo, y lleno en cambio de buen humor. Esto sucedía muy perceptiblemente en España, cuyo genio literario se orienta con fidelidad hacia la pintura escueta de las cosas reales. Larra es un ejemplo de esto.

Es así como los escritores no tuvieron más que aproximarse a lo que se estaba dando para encender el furor por lo real. No se trataba ya de una postura romántica, porque ahora había un ingrediente que los románticos desconocían: el ingrediente científico. Con sus cuadros de costumbres habían intentado hacer todo, menos ciencia. Deseaban divertir, sermonear, mas nunca dieron en la idea de que las escenas que copiaban fuesen datos utilizables en la elaboración de la Sociología, entendida ésta como disciplina positiva.

Las ideas positivistas se difundieron por todos los campos de la cultura, y contagiaron con su signo cuanto tocaron a su paso. Imprimieron a la vida de aquel tiempo un sello peculiar, que era el de la medida y atenta observación de los fenómenos de todo orden. Así, los escritores, que en la generación anterior- la segunda romántica- habían sido costumbristas enamorados de puro encanto o del exotismo de sus cuadros, se convirtieron en realistas. Sus descripciones se hicieron calculadas y graves, su acento más doctoral.

El costumbrismo romántico en Hispano-América es en muy buena parte indigenismo. Había que pintar las costumbres aborígenes porque eran bellas y exóticas, y además porque así se contaban las desgracias del indio, y se pedía su redención.

Los realistas respetaron esas tendencias y las prosiguieron; pero también robustecieron un costumbrismo de ciudad- ya existente también en la época anterior, pero más débil-; porque al fin y al cabo el progreso o el estancamiento, la cultura científica y las buenas y racionales normas de gobierno habían de irradiar de las urbes. Importaba analizar la clase media, el proletariado y las minorías dirigentes. Las novelas de entonces eligen tipos de estas tres capas para hacerlos blancos de sus sátiras y de sus advertencias.

Como ya se mencionó anteriormente, Delgado perteneció a la clase media acomodada y conservadora de provincia. Desde el seno de tal entorno social, la legislación contra el clero, las reformas en la instrucción pública, los cambios en la administración civil promovidos por las Leyes de Reforma, las nuevas formas de explotación económica, las nuevas modas, los

nuevos usos sociales llegados del extranjero, fueron considerados como destructores del espíritu de la antigua sociedad mexicana. A fines del siglo XIX, México alcanzó una de sus etapas de mayor cultura. Pero los hombres de letras, los artistas, los investigadores, los sabios, todo el mundo vivía con sus ojos fijos en Europa. Este continente les fascinaba y no había guía ni modelo que no fuera importado del extranjero. En Los parientes ricos encontramos personajes definidos, trazados con sobriedad y firmeza. El autor los para, los empuja y los hace caminar con decencia, se mueven y viven en el ambiente de la provincia. Uno de ellos es Margarita, joven hermosa, sencilla y bondadosa: "En la blonda y simpática señorita perduraban, como una herencia de familia, la hermosura y rasgos típicos y fisonómicos comunes a todas las hembras de su linaje paterno". (15)

El escritor ama a su patria y se enorgullece de ella, pero a menudo menciona en la novela su gusto francés. La influencia de este país es determinante, sobre todo en lo que se refiere a modas, arreglos caseros y el idioma mismo: "Don Juan se mostró muy cariñoso con la familia de su hermano, y muy contento de

su regreso a la patria. Decíase aburrido y fastidiado de la vida europea, por mucho que ésta fuese cómoda y agradable".(16)

Delgado estaba consciente de que México pasaba por un momento crítico y que los adelantos de aquél país no se comparaban al suyo: "-Como que dice que viene bien provista, muy bien provista, porque ya sabe que en México no hay sastres de señoras, y si los hay no serán como los de...París; que ya sabe que aquí las telas son malas y carísimas...no como las de...París; y que ya se imagina el mal gusto de las modistas".(17)

Estar a la moda implicaba seguir los modelos franceses pues eran los únicos que aportaban elegancia: "-Hija: en las casas suelen ser un estorbo los recuerdos. Vende todo esto...¿Vas a instalarte en México con este ajuar pasado de moda? ¡Líbrenos Dios! Si tú hubieras visto las casa que teníamos en París! Hija no hay que darle vueltas: para las cosas de gusto los franceses y nada más que los franceses".(18)

Lo mismo ocurría con el idioma que se identificaba con la gente culta. Saber francés era ser distinguido, refinado y un verdadero conocedor de

los avances literarios, filosóficos, sociales y económicos. A lo largo de Los parientes ricos aparecen canciones y dichos franceses: "Con toda franqueza te digo que no quiero quedarme, como dice Juan, "pour coiffer sainte Catherine" ". (19)

Ouvre les yeux, dirai-je, oh ma seule lumière
Laisse-moi lire dans ta paupière
Ma vie et ton amour.
Ton regard languissant est plus cher a mon âme
Que le premier rayon de la celeste flamme
Aux yeux privérés du jour". (20)

El novelista dejó a través de sus páginas una minuciosa descripción de la sociedad mexicana en los últimos años del siglo XIX. La sociedad de provincia aparece anticuada, inactiva y desorientada, está en constante lucha contra la nueva sociedad, que es oportunista, sin escrúpulos, consagrada al lucro, sin límites para su ambición.

El escritor selecciona a dos familias que son precisamente parientes para representar a cada una de las sociedades mencionadas, cada una de ellas cree que su forma de pensar es la correcta y de alguna

manera se muestran antipáticas a lo que consideran absurdo y ridículo.

Delgado, modesto profesor de provincia es una demostración de que el artista verdadero puede reemplazar la observación directa de la vida. Sin haber participado en la lucha social, política y militar describió mejor el mundo de sus tiempos, que muchos de los que, por su vida constantemente agitada convivieron con el pueblo, con la tropa, con la burocracia, que ocuparon puestos en los ministerios y en las legaciones extranjeras como: Manuel Payno, Vicente Riva Palacio e Ignacio Manuel Altamirano.

En las novelas de Rafael se haya un sentimiento de frescura y bienestar. Es uno de los escritores que arremete con el género novelístico, no sólo con dotes naturales de buen narrador y descriptor, sino con preparación literaria y conocimientos. Y además de ser un buen maestro de gramática y retórica, fue también un artista que supo infundir humanidad a sus obras. Nos da una visión cándida, pura y limpia de la gente provinciana, su ingenuidad e inexperiencia

se contraponen al de los capitalinos que se manifiestan corruptos. Inclusive, hay una identificación plena entre el paisaje, la naturaleza, y quienes la habitan. Para él, el paisaje ya no es una descripción, al conjunto de las palabras surgen los objetos y todo se reconstruye; hay una continua evocación, un espejismo que suscita ante el lector la realidad de las imágenes. Ya el objetivo no es contar, ni exponer pensamientos o hechos, sino presentarnos cada cosa con su dibujo, su color, su olor. Parece como si se contemplase la pintura de una naturaleza animada, exaltada, donde las piedras poseen sentimientos de seres vivos y donde las personas prestan a los horizontes su tristeza o alegría: "Avanzaba el carruaje por la calzada de la Reforma, avanzaba lentamente el cupé y a cada lado del paseo, muy mal iluminado en la segunda mitad, los altos desairados eucaliptos de cada lado, parecían desfilan en fúnebre pompa, como revestidos de negros sudarios hechos girones. Era oscura la noche, y no había en la inmensa y solitaria avenida más claridad que la de los titilares y mortecinos focos eléctricos que en cada tramo esparcían insuficiente luz, buena parte de la cual se perdía en-

tre el follaje, proyectando negras y colosales sombras".(21)

Delgado ama el campo más que las ciudades, siente gran pasión por lo bello de la naturaleza y le parecen ficticios, insípidos y hasta envenenadores los refinamientos de la vida en el gran centro urbano. Ni siquiera la gran catedral logra impresionarlo, para él no hay nada más bello que la parroquia de Santa Marta: "Llamaban a misa en todos los templos. La devota Pluviosilla no desmentía su abolengo cristiano, y era maravillosa la sinfonía de todos los campanarios, traída en alas del caluroso viento. La campanita de Santa Marta, con voz atiplada y regular, gritaba urgentemente".(22)

El campo, además de ofrecer belleza, daba tranquilidad. No había variedad de diversiones, pero las que existían, entretenían al que era oriundo de dicho lugar. Para los capitalinos y extranjeros, la vida en la provincia resultaba un tedio, un lugar sin variedad, sin chiste. Su ritmo de vida era ágil, apresurado y sus pupilas acostumbradas a ver numerosas cosas: "Aquí...el campo es lo único que merece ser

visto...y menos de quien viene de México, y mucho menos de quien viene de París..."(23)

Don Mariano Azuela dijo:"las novelas de Delgado son fundamentalmente burguesas, escritas para la burguesía por un burgués satisfecho y contento de la clase a que pertenece"(24)

Por lo que respecta a lo primero no se puede negar, pero en lo segundo no se puede decir lo mismo, ya que Delgado fue un crítico que censura a esa nueva burguesía, deslumbrada por el prestigio de lo extranjero, que de alguna manera aún no ha sido superada, que todavía es mexicana.

Don Juan y su familia es un ejemplo claro de ello; estos personajes se muestran antipáticos e indiferentes a las cuestiones morales, tal parece que no tienen principios, les importa más el dinero y el que dirán, que su propio comportamiento. Aparentemente se ven dotados de benevolencia, pero en el fondo son unos verdaderos mezquinos que gustan de aprovecharse de su prójimo, sin importarles si es su familia con tal de obtener lucro o placer:"-Ha huído como un cobarde, como un ladrón nocturno...

¡Qué tiempos estos! Es honrado, honradísimo, quien no se toma un centavo ajeno... Merece cárcel quien se hurta unos cuantos duros, una cartera, un reloj, o una joya... Y no hay presidios para quien el honor, para quien inunda alma y familia en océanos de hiel y de oprobio".(25)

Delgado describe la clase social a la que pertenece con el propósito de indicar sus vicios y sus flaquezas. Bajo la influencia del naturalismo se ocupa de la descomposición y el desarraigo de la pequeña burguesía: "-Entonces...; entonces dirían las gentes que mi hermana soportaba el enredo ese... el lío... ¿no dicen así? ¿el lío? El lío de nuestra amiga Conchita Mijares. Y dirán más: que aquí, en esta honradísima, tuvo principio esa novela naturalista... que nosotros la vimos principiar, y hasta dirán que la favorecimos.
-¡Exageras, Margot!".(26)

Como consecuencia de un análisis cada vez más profundo de la descomposición de la pequeña burguesía que examina en especial a través de la desinte-

gración de la familia, Delgado conjuga conflictos, anécdotas y descripciones de ambientes, y también penetra en la crítica social; su misión no es dar soluciones sino dejar constancia de los hechos (esto demuestra que se basó en las teorías naturalistas). El final de Los parientes ricos es una prueba clara de ello: "La criada se acercó tímida y sonrojada: se adelantó hacia el joven, y con repentina resolución, dijo:-;Perdónenme el atrevimiento!...;Dispénsese usted, niño Pablo! Si preguntan de quien es el niño... Pues...digan que es de usted...y mío". (27)

Nunca se sabe si Elena aceptará dar su hijo a su hermano y a la criada, como tampoco si Juan regresará a México con Conchita Mijares.

El novelista trabaja con gran sencillez, se aproxima a los acontecimientos de todos los días y plantea problemas de la vida familiar en distintos niveles socio-económicos; un intenso conflicto emocional constituye el nudo de la acción y el desenlace llega en forma natural, de acuerdo con el ambiente y los personajes que han sido presentados sin ninguna intención de tipo moralizante o didáctica.

Precisamente el meollo de la acción está constituido por un conflicto sentimental, Delgado se ocupa predominantemente del amor, en especial de aquellas manifestaciones de la pasión amorosa que enfrentan a la moral íntima del individuo con las convenciones propias de su sociedad.

La misteriosa y avasalladora atracción de los sexos, los perturbadores efectos de las elecciones sentimentales cuando éstas no corresponden a las conveniencias sociales, la belleza del primer amor que, con una actitud romántica, el escritor relaciona estrechamente con el dolor y la muerte, la fidelidad a un amor único, aunque sea un amor fallido.

En Los parientes ricos aparece la idea de que amor y bondad son una misma cosa, al grado que un hombre perverso está imposibilitado de sentir el amor y de ser amado, como es el caso de Juan: "Después cierto remordimiento doloroso, muy doloroso, conmovió aquel corazón mal educado, peor dirigido, ajeno a nobles sentimientos, menospreciador de todo aquello que no fuese la satisfacción de un capricho, el cobarde halago de una miserable vanidad. Juan no tenía idea del deber; no acertaba a condolerse del dolor y de la

desgracia de otros, y al menor pesar, irritado contra la menor dolencia".(28)

Delgado dedica poco espacio a exponer sus ideas políticas o religiosas, sobre instrucción o economía; la esfera de sus intereses se reduce casi al ámbito del comportamiento moral, a la exploración de la naturaleza humana y a las flaquezas y mezquindades de carácter universal.

Sin embargo, nos percatamos que la religión que profesó fue la católica y señala las debilidades del padre Grossi, quien no cumple con la profesión que ejerce. Gran parte de los personajes de la obra son sacerdotes, y de alguna manera influyen en el comportamiento de los otros miembros de la acción. Estos actúan de acuerdo a sus costumbres y a sus convencionalismos sociales, según les conviene: "Dijo, con aprobación del canónigo, que había observado, durante las pocas horas que tenía de haber llegado, cierta corrupción de costumbres, delatada por las muchas cantinas que había visto, todas ellas llenas de mozos y de muchachos que bien podrían estar ocupados en las fábricas, en los despachos o en las aulas".(29)

Estas costumbres no sólo se refieren a la conducta de los personajes, sino también a la forma de vestirse, de poner y servir la mesa, de comer e inclusive en la manera como conciben la religión, especialmente Concha Mijares quien finge seguir y cumplir las normas católicas: "El sentimiento religioso es en ella limitado; parece devota, pero en ella la devoción es fuego fatuo; la fe...algo así como vulgar costumbre".(30)

La mayoría de los personajes se muestran preocupados por el que dirán porque saben que la gente habla de ellos como una mera costumbre, algunos de ellos aparentan cumplir ciertos convencionalismos sociales para no ser expuestos a la crítica social, pero en el fondo de su ser no sienten lo que su exterior representa. Este es el caso de Don Juan y familia, que al enterarse de la muerte de su hermana Eugenia oculta la desgracia para no arruinar su fiesta de cumpleaños: "-Padre mío...¡qué dirá la gente! ¡Qué dirá Pluviosilla, informada como ha estado, y como estará de todo lo pasado!

-No te importe a tí lo que diga el mundo. ¡Bueno es

el mundo para decir, cuando siempre dice cosas malas!".(31)

No cabe duda, que a lo que al escritor le interesa es analizar la psicología de sus personajes. Parte de una mera descripción física, para luego adentrarse a sus mínimos detalles: "Alfonso no tenía la verba abundantísima de su hermano, ni la audacia de éste para pensar y discurrir; el fondo de su carácter era serio, y a pesar de haber sido en París, durante algunos años, verdadera flor de asfalto, conservaba cierta frescura de sentimientos, muy en armonía con su manera de vivir y pensar".(32)

Juan Collantes, padre, tipifica el rico mundanal, indulgente por comodidad, que ríe las gracias de su hijo menor. Interesante también es el carácter de Dolores quien viene a la capital contra sus propios deseos, sin interés por el dinero y buscando ante todo la felicidad de sus hijos.

Aparecen el cura Grossi, que es un perfecto hipócrita, Elena, la ciega resignada y Conchita Mijares, mujer ambiciosa, romántica y necia.

Por otra parte, en Los parientes ricos diálogo, acción y descripción se hacen inseparables. Son los mismos personajes los que, a través de sus conversaciones, van dando a conocer los antecedentes y la naturaleza de los demás protagonistas; entradas y salidas, saludos y despedidas, conversaciones triviales que se ven interrumpidas por sucesos aún más insignificantes, van sucediéndose con un ritmo de aceleración del viaje en un principio, y después de la vida más agitada en la capital: "Le tenía yo cariño a esa casa, qué digo le tenía, se lo tengo, como que allí pasé tantas horas de amargura. ¡Así es el corazón humano! Con todo se encariña, a todo le toma afecto... hasta con lo que le hizo padecer, hasta de aquello de lo cual tiene miedo y malas memorias..." (33)

Rafael Delgado utiliza un vocabulario variado, adjetiva con sencillez y muestra cierta tendencia a personificar los objetos, las ciudades y los elementos de la naturaleza, lo cual imprime a sus descripciones un movimiento particularmente vigoroso.

Es también notable el uso que hace de frases hechas, modismos y refranes para que vayan pintando por

sí mismos, en boca de los personajes, los diversos estratos sociales en que se desarrolla la novela: "Te hablé de los peligros de las grandes ciudades. La vejez sabe mucho. O, como ustedes dicen, más sabe el diablo por viejo que por diablo".(34)

Así el estilo del escritor es pulcro, galano, suyo, espontáneo: "Por eso corre, sin tropezar con ningún obstáculo, por eso tiene color, ritmo, por eso deja como esculpidas las imágenes. Y porque su vocabulario copioso y al ser selecto, Delgado no se desespera antes de hallar la manera de expresar su pensamiento, ya sea para hacernos asistir a los grandes espectáculos de la naturaleza, ya para compenetrarnos los diversos estados de conciencia de los seres a que da vida en sus novelas".(35)

CONCLUSIONES

Se ha dicho que el valor más alto en las creaciones literarias de Rafael Delgado reside en la importancia que da a la parte descriptiva, en especial, la que se refiere al campo. Esta exaltación hacia la naturaleza es una mera base que le sirve para retratar la sociedad mexicana de provincia, con sus virtudes, limitaciones y vicios.

En Los parientes ricos el escritor se aferra al propósito de ocuparse de episodios cotidianos, lo cual lo mantiene apartado de complicaciones imaginativas, se ocupa de la vida misma, de su rutinaria complejidad.

La novela brinda verdaderas enseñanzas, pues es una sátira de las costumbres de una cierta clase de sociedad que es la llamada clase media.

El propósito del autor no consiste en el desarrollo de una anécdota muy complicada o muy arimada, sino en un trabajo de análisis de penetración en una determinada realidad social, y lo consigue a través de una suma de aproximaciones diversas cuyas consecuencias van cobrando mayor sentido en la

medida en que se van multiplicando.

Uno de los personajes que le sirve al autor para hablar de los peligros de la vida en la ciudad, del poder corrupto del dinero y del efecto corrosivo de las costumbres y modas extranjeras, es el padre Anticelli. Pero, sin olvidar, que los integrantes de la familia Collantes y Conchita Mijares, se convierten en protagonistas de los elementos anteriormente mencionados.

De esta manera Delgado logra darnos una copia artística de la verdad, nos revela un panorama de la vida mexicana que a él le tocó vivir.

Nos da su opinión sin recurrir a la exageración para dejar así un escrito real.

NOTAS

- (1) Cfr. María Edmée Álvarez, Literatura mexicana e hispanoamericana, p.269.
- (2) Cfr. Salvador Reyes Nevares, Novelas selectas de Hispanoamérica, Siglo XIX, p.17.
- (3) Cfr. Guillermo Díaz Plaja y Francisco Monterde, Historia de la literatura española e historia de la literatura mexicana, p.319.
- (4) María Edmée Álvarez, Op.cit, p.289.
- (5) Cfr. Rafael Delgado, La calandria, p.114.
- (6) Rafael Delgado, Op.cit, p.62.
- (7) Ibidem. p.109.
- (8) Ibfd. p.100.
- (9) Ibfd. p. 54.
- (10) Cfr. Rafael Delgado, Angelina, p.47.
- (11) Ibfd. p.151.
- (12) Ibfd. p.45.
- (13) Ibfd. p.9
- (14) Cfr. Rafael Delgado, Los parientes ricos, p.22-23.
- (15) Ibfd. p.40.
- (16) Ibfd. p.43.
- (17) Ibfd. p.73.

- (18) *Ibíd.* p.63.
- (19) *Ibíd.* p.298.
- (20) *Ibíd.* p.316-317.
- (21) *Ibíd.* p.291.
- (22) *Ibíd.* p.38.
- (23) *Ibíd.* p.343.
- (24) Cfr. Mariano Azuela, Cien años de novela mexicana, p.76.
- (25) Rafael Delgado, *Op.cit*, p.417.
- (26) *Ibíd.* p.418-419.
- (27) *Ibíd.* p.442.
- (28) *Ibíd.* p.361.
- (29) *Ibíd.* p.34.
- (30) *Ibíd.* p.300-301.
- (31) *Ibíd.* p.30.
- (32) *Ibíd.* p.232.
- (33) *Ibíd.* p.149.
- (34) *Ibíd.* p.284.
- (35) Cfr. Sergio Howland Bustamante, Historia de la literatura mexicana, p.178.

BIBLIOGRAFIA

- 1.- Álvarez María Edmés, Literatura mexicana e hispanoamericana, 11 ed, México, Porrúa, 1971, 527 p.p.
- 2.- Azuela Mariano, Cien años de novela mexicana, México, Botas, 1947, 226 p.p.
- 3.- Brushwood John, Los ricos en la prosa mexicana, México, Diógenes, 1970, 151 p.p.
- 4.- Delgado Rafael, Angelina, México, Porrúa, 1978, 425 p.p. (Colección Escritores Mexicanos N.49)
- 5.- Delgado Rafael, La calandria, México, Editores Mexicanos Unidos, 1984, 187 p.p. (Colección Literaria Universal)
- 6.- Delgado Rafael, Los parientes ricos, México, Porrúa, 1982, 442 p.p. (Colección Escritores Mexicanos N.6)
- 7.- Díaz Flaja Guillermo y Monterde Francisco, Historia de la literatura española e historia de la literatura mexicana, 5 ed, México, Porrúa, 1966, 625 p.p.
- 8.- González Manuel Pedro, Trayectoria de la novela mexicana, México, Ediciones Botas, 1951, 418 p.p.
- 9.- González Peña Carlos, Historia de la literatura mexicana desde los orígenes hasta nuestros días, 11 ed, México, Porrúa, 1972, 362 p.p. (Colección Sepan Cuantos N.44)
- 10.- Henríquez Ureña Pedro, Las corrientes literarias en la América Hispánica, tr. de Joaquín Díaz Canedo, 2 ed, México, Fondo de Cultura Económica, 1954, 840 p.p.
- 11.- Howland Bustamante Sergio, Historia de la literatura mexicana, México, Trillas, 1965, 255 p.p.

- 12.- Menton Seymour, El cuento hispanoamericano, V.II, México, Fondo de Cultura Económica, 1972, 329 p.p. (Colección Popular)
- 13.- Millán Ma. del Carmen, Literatura mexicana, 10 ed, México, Esfinge, 1980, 340 p.p.
- 14.- Montesinos José F, Costumbrismo y novela, 3 ed, Madrid, Castalia, 1972, 144 p.p.
- 15.- Ocampo Aurora y Prado Ernesto, Diccionario de escritores mexicanos, México, U.N.A.M., Centro de Estudios Literarios, 1967, 422 p.p.
- 16.- Priestley John Boynton, Literatura y hombre occidental, tr. de Angel Guillén, Madrid, Guadarrama, 1960, 641 p.p.
- 17.- Reyes Nevares Salvador, Novelas selectas de Hispanoamérica. Siglo XIX, V.I, México, Labor Mexicana, 1958, 746 p.p.
- 18.- Varela José Luis, El costumbrismo romántico, Madrid, Magisterio Español, 1969, 167 p.p.
- 19.- Warner, E Ralph, Historia de la novela mexicana en el siglo XIX, México, Antigua Librería Robredo, 1953, 124 p.p.
- 20.- Historia de México, México, Cumbre, 1976, 1537 p.p.